

EL CAMINO RECORRIDO POR LOS ESTADOS UNIDOS HACIA LA HEGEMONIA MUNDIAL

Por Francesca Piana

¿Cuáles son los elementos históricos que han llevado a los Estados Unidos a la hegemonía mundial?

El proceso es relativamente rápido. Se inicia con la creación de los Estados Unidos en 1787 bajo el liderazgo de los llamados *Founding Fathers*.

Todo derecho tienen hoy los norteamericanos de minimizar los peccadillos de éstos y hacer hincapié en su capacidad política, visión, y entrega a la causa de la libertad y la democracia. Sus ideales dieron bases sólidas a la nación, creando una federación que unía el territorio, al mismo tiempo que respetaba las diferencias entre los estados que la formaban, y estableciendo la separación de poderes: el ejecutivo, el legislativo y el judicial.

Fue George Washington que, en una especie de testamento político, estableció las líneas que regirían la política exterior del nuevo país dándole la oportunidad de que creciera y se fortaleciera: “No entréis en alianzas con ningún país; manteneos aislados de todos”, les dijo. No era de extrañarse que Washington, conocedor de las alianzas fallidas entre países europeos causa de tantas guerras, quisiera poner el Atlántico de por medio para evitar que la historia se repitiese en territorio norteamericano.

Mientras los norteamericanos con pie firme se iniciaban en el gobierno del nuevo país en aislamiento, Europa entera sufría convulsiones de guerra debido a las ambiciones napoleónicas. Fueron los conflictos europeos los que dieron pie a la expansión norteamericana. El territorio de Louisiana, casi triplicó el territorio inicial cuando Napoleón lo vendió por una ridícula suma a la balbuceante nación en 1803.

El área conocida como Florida por los españoles, pero que en realidad abarcaba también los territorios al norte de ésta, fue adquirida de los españoles en 1812, cuando España estaba mal gobernada por Fernando VII.

Texas que había declarado su independencia de México, desilusionado por su mal gobierno, fue anexado en 1845.

Los territorios de Oregón en el noreste fueron negociados con Inglaterra a favor de los Estados Unidos en 1848. Ese mismo año, el nuevo país se posesionó del territorio mexicano al sureste, tomando entre otras tierras la preciada joya de California. El éxito de los Estados Unidos en esta última adquisición tuvo que ver no solo con la agresividad norteamericana, sino con la miserable gestión del gobierno mexicano. Desde que México obtuvo su independencia cayó en manos de hombres ineptos y vanos como Agustín de Iturbide, cuyo sueño fueron coronas y armiño tratando de emular a Bonaparte, o charlatanes como Antonio de Santana, cuya hazaña más memorable fue el entierro de su pierna cercenada en la Guerra de los Pasteleros de Veracruz y enterrada con toda pompa y circunstancia en la Ciudad de México. México no pudo defender su frontera norte porque su gobierno era caótico, su población mísera, nadie escuchaba a los hombres valiosos, y los demagogos – como siempre – a pesar de sus fechorías, convencían a las masas.

Si en la colonia se formó el carácter del norteamericano con la práctica puritana de virtudes cívicas y la ética del trabajo, en el siglo XIX se estableció su poderío con una política de aislamiento de los conflictos mundiales – sobretodo europeos –, que le permitieron fortalecer sus instituciones y adquirir nuevos territorios ricos en todo tipo de recursos.

El vasto territorio al oeste de las 13 colonias originales, escasamente habitado y débilmente protegido, fue presa fácil. Los ciudadanos del nuevo país estaban sedientos de poseer tierras, para lo cual lo único que se necesitaba era quedarse en un lugar y reclamarlo. Así se hizo la historia de los Estados Unidos en el siglo XIX; así es como llegó a extenderse de mar a mar.

El territorio es ciertamente una ventaja, pero para un país es más importante la calidad de sus recursos humanos y la transparencia y solidez de sus instituciones. La separación de los poderes, con específicas áreas de dominio en su gobierno, dio a los EE. UU. un marco para desarrollarse, garantizando la vida tranquila, ordenada y productiva de la sociedad de por si ya beneficiada por altas virtudes de civismo.

Razón tenían los norteamericanos del fines del siglo XIX de volver la mirada a poco más de un siglo de vida y mirar con orgullo lo que habían logrado.

¿Y qué de los indios y negros? ¿Qué de la exterminación de los unos y la esclavización de los otros? No es asunto el minimizar esos horrores, pero es

un anacronismo juzgar un momento histórico con los valores que se han ido desarrollando a través del último siglo. Las instituciones desacreditadas hoy, han ido desapareciendo, y las personas menospreciadas, perseguidas, y esclavizadas han reivindicado sus legítimos derechos mayormente en el siglo XX, y lo han hecho gracias a los principios de libertad y democracia predicadas por los Estados Unidos.

Cierto es que la libertad del hombre y el valor del individuo tienen su origen en el cristianismo, pero esos principios no fueron respetados ni en la cristianísima Europa en casi dos mil años; el feudalismo y servilismo europeo coinciden con la época de mayor auge del cristianismo en ese territorio.

El ganar territorio en una guerra y el matar al enemigo han sido actos justificables y justificados aun por filósofos y teólogos a través de la historia. La esclavitud se venía practicando desde tiempos bíblicos en la civilización occidental; y por siglos tanto lo uno como lo otro eran rara vez cuestionados. La Declaración de los Derechos Humanos es producto de la mitad del siglo XX y una de sus grandes impulsores fue Eleanor Roosevelt. Los EE. UU. no ha tenido monopolio de la esclavitud, la segregación, y la guerra.

Por otro lado, el imperialismo europeo que parecía haber perdido fuerza a finales del siglo XVIII con la independencia de los Estados Unidos y la de la mayor parte de Latinoamérica a principios del siglo XIX, se intensificó a medida que este siglo avanzaba debido en gran parte a las necesidades creadas por el industrialismo.

Los países europeos decidieron entonces, poner sus ojos en otros mapas; se dividieron entre ellos el Africa como si de una manzana se tratara; obligaron a los chinos a cederles áreas de influencia, exigieron al Japón que abriera sus puertas al comercio y ocuparon cualquier parte del planeta que antes no había sido ocupado. Una ola de imperialismo flotaba en el aire.

Los EE. UU. temerosos de que los europeos pusieran sus ojos otra vez sobre nuestra América, promulgaron la Doctrina Monroe en 1823, supuestamente para defenderla, pero que llegó a ser más de beneficio para los americanos del norte que posteriormente justificarían invasiones e interferencias en la política latinoamericana cuando no convenía a los intereses norteamericanos.

De esta doctrina se sirvió el presidente Theodore Roosevelt para declarar guerra a España en 1898 bajo el pretexto de ayudar a Cuba a ganar su

independencia. España salió, pero los EE. UU. se quedó prácticamente hasta 1933, año en que fue revocada la Enmienda Platt, por medio de la cual el - que ya empezaba a ser llamado - Coloso del Norte, controlaría la economía, el orden y las relaciones extranjeras de la Isla.

Los Estados Unidos se quedó en Cuba para proteger las inversiones y propiedades de los ciudadanos norteamericanos que desde hace mucho tiempo se habían ubicado en la Isla. ¿Cómo podía justificar la cuna de la democracia y la tierra de la libertad una ruptura de sus propios principios que le llevaban a ignorar los legítimos derechos de libertad del pueblo cubano?

Este y subsecuente actos de imperialismo en Centro América y el Caribe, no fueron más que una continuación de la famosa teoría del *Manifest Destiny*. El destino manifestado por Dios a una nueva tierra prometida, que como los Incas de antaño, o los españoles de ayer, justificaban la conquista para hacer a los pueblos sometidos a ellos beneficiarios de las bendiciones de su civilización.

La historia de las relaciones internacionales de los EE. UU. en el siglo XX se inicia con un conflicto que desde entonces divide el alma de los norteamericanos pensantes: los valores y principios democráticos de su identidad contra intereses económicos y geopolíticos. De colonia liberada, los Estados Unidos se convirtió a principios del siglo XX en colonizador y ocupó además de Puerto Rico, las Filipinas y muchas otras islas en el Pacífico y en el Caribe.

Acto seguido, no pestañó en instigar a los rebeldes panameños - en 1902 - para que esta provincia colombiana declarara su independencia a cambio de que los rebeldes cedieran a perpetuidad un área de diez millas del Atlántico al Pacífico para que el Coloso construyera el canal tan necesario para acercar la costa californiana al este del país.

Sin embargo la era del imperialismo territorial de los EE. UU. no fue muy lejos; pronto se daría cuenta que no era en la posesión de territorios sino en la influencia sobre la economía y la política donde podría ejercer el poder sobre otras naciones.

Intereses y no principios llevaron a los EE. UU. desde entonces, a poner dictadores tras dictadores en Cuba para seguir beneficiándose de la riqueza de esa tierra. El apoyo que los cubanos dan aun hoy en día a Castro, a pesar de su fracasado socialismo, es explicable si se considera que Castro ha sido el

único que ha logrado de cualquier forma - aun arrodillándose ante la antigua Unión Soviética - su independencia de los EE. UU.

Intereses y no principios hicieron que los EE. UU. mandara tropas a la República Dominicana, Haití, y Nicaragua y allí pusiera miembros de la Guardia Nacional fundada y entrenada por los *marines* norteamericanos: los Trujillo, los Duvalier, los Somoza, dictadores que terminarían por avergonzar a sus creadores por lo macabro de los abusos. Estos actos dieron inicio a que los EE. UU. tuviera su propia leyenda negra.

El auge del poderío norteamericano comienza con el vacío del poder dejado por las potencias europeas a partir de las dos guerras mundiales en la primera mitad del siglo XX. La Primera Guerra dio una gran oportunidad a los EE. UU. Su ayuda a los Aliados fue recompensada concediéndole al presidente Woodrow Wilson uno de los papeles más importantes en la Mesa de la Conferencia de Versalles. Allí el mandatario norteamericano presentó sus Catorce Puntos, uno de los cuales abogaba por la creación de la Liga de las Naciones, un foro donde se discutirían los problemas mundiales antes de que terminaran en guerras. Ambivalente sobre el papel que debía jugar en esa post-guerra, todavía atado en parte al mandato de aislamiento del presidente Washington, el Congreso de los EE. UU. negó el apoyo a su mismo presidente y votó en contra de su participación en la Liga. El país se replegó entonces en el aislamiento histórico y con el puso un sello para el fracaso de la Liga.

En las décadas de los veinte y de los treinta, con el campo abierto para todo tipo de soluciones para los problemas de la post-guerra, surgieron los fascismos de izquierda y de derecha, que en términos ideológicos y económicos presentaban un reto a la democracia y capitalismo de los norteamericanos. La confrontación fue inevitable aunque los EE. UU. tuviera que esperar hasta el ataque de Pearl Harbor, el 7 de diciembre de 1941, para unirse una vez más a los Aliados contra los fascismos alemán, italiano, japonés y el comunismo soviético.

Es una ironía de la historia que al finalizar la Segunda Guerra Mundial la Unión Soviética –inicialmente aliada de la Alemania nazi - se encontrara al lado de los vencedores igual que los EE. UU. Aunque las fotografías de la Conferencia de Yalta en 1945 nos muestran un Churchill, un Roosevelt y un Stalin sonrientes, era de prever que este *menage a trois* no duraría mucho. La amistad entre sistemas esencialmente opuestos como el capitalismo

democrático y el comunismo soviético estaba destinada al fracaso. Es así que en el lapso de tres años la Unión Soviética impuso gobiernos a su estilo en los países de Europa Oriental, e inmediatamente en las palabras de Churchill, una “cortina de hierro” cayó entre ellos y el mundo occidental. Para 1948 los designios soviéticos y el avance del comunismo internacional eran claros; el bloqueo de Berlín en ese mismo año, llevó a los EE. UU. a la conclusión que de ahora en adelante tendría que involucrarse definitivamente en los eventos mundiales. Dejando a un lado su aislamiento histórico, se volcó con gusto a reconstruir Europa Occidental para ponerla a salvo de la dictadura comunista. Estableció entonces, el Plan Marshall dejando caer a manantiales dólares que reactivaran la economía europea y garantizara así de una vez por todas la inserción de este continente en un mundo hecho a la imagen de los EE. UU. La Doctrina Truman hizo lo mismo en Grecia y Turquía.

La singular generosidad del país norteamericano era elogiada, como también la habilidad política de quienes diseñaron el plan como una inversión para la seguridad futura de la democracia americana. ¿Qué habría pasado si la destrozada y hambrienta Europa del año cuarenta y cinco, hubiera vuelto sus ojos al experimento soviético, que a pesar de todo había dado muestras de pujanza y poder? En poco más de 30 años, desde la Revolución de 1917, la Unión Soviética había transformado a una Rusia feudal de míseros siervos en un poder mundial. Si Europa Occidental habría caído como Europa Oriental detrás de la Cortina de Hierro, los EE. UU. habría perdido no sólo aliados ideológicos históricos, sino mercados que a la larga habrían puesto en peligro la supervivencia de su sistema. Era por lo tanto esencial y lógico que se rescatara Europa a cualquier costo. No se trataba solo de generosidad sino de interés.

La Guerra Fría iniciada en Europa pronto se extendió a otras partes del planeta y puso a los EE. UU. definitivamente al timón del barco de las democracias occidentales. La revolución comunista de Mao triunfó en 1949. Los chinos comunistas invadieron Corea un año más tarde. Entonces los EE. UU. se convierte en policía del mundo, para asegurarse que ningún otro palmo de la tierra cayera bajo el comunismo.

La democracia y el comunismo son antitéticos. Este pone al individuo al servicio del estado para supuestamente lograr el bien común; aquella pone al estado al servicio del individuo para que logre su felicidad individual.

En épocas pasadas, las confrontaciones entre naciones tenían como base, disputas territoriales, ambiciones monárquicas, reivindicaciones hereditarias o sencillamente el ejercicio de la fuerza del más poderoso. En el siglo XX, las guerras tuvieron que ver fundamentalmente con el enfrentamiento de ideologías.

El juicio histórico contra la gestión de los EE. UU. a partir de su debut en el escenario internacional, no tiene que ver necesariamente con su lucha contra el comunismo, sino con el apoyo dado a dictaduras que se declaraban anticomunistas aunque sus métodos y resultados de la política de esas tiranías fuesen similares a los de los sistemas totalitarios. Se le acusa también a los EE. UU. de haber tomado a veces por comunismo, las legítimas aspiraciones de pueblos que habían estado pisoteados por sistemas abusivos y, que a partir de la Segunda Guerra Mundial empezaron a sacudirse de yugos ancestrales. Es verdad que el partido comunista echó raíces en muchos suelos y que los comunistas no perdieron la oportunidad de infiltrarse en revoluciones legítimas, pero una política más discriminatoria de parte de los EE. UU. pudo haber sido más cercana a sus propios intereses y valores.

Si la Revolución Mexicana de 1910 se hubiera llevado a cabo en la década de los 60, es posible que los EE. UU. la habría considerado una revolución comunista. ¿No llegó a ser la Revolución de 1910 un levantamiento particularmente de los pobres contra los que se habían apropiado de las tierras? ¿No representaba Emiliano Zapata las fuerzas opuestas a las de los que se habían apoderado de México después de la Conquista? ¿No engendró la Constitución de 1917 los mismos principios que el cura Morelos había integrado en el primer intento de independencia de México a favor de los pobres, y que después formaran parte de la Constitución liberal de Benito Juárez? ¿No se asemejan las metas de la Revolución Mexicana a los objetivos de los levantamientos en el Tercer Mundo de la segunda mitad del siglo XX?

La Revolución Mexicana cuyos principios no se alejaban mucho de otras legítimas aspiraciones de los pueblos antecedió a la rusa y se adelantó casi con una década al comunismo que en los ojos norteamericanos la habría deslegitimado.

Así la Guerra Fría puso en duda todo cambio o revolución legítima como ocurrió con la Guatemala de Jacobo Arbenz en 1954. Juan José Arévalo, un presidente anterior a Arbenz, de tinte liberal, había iniciado reformas para solucionar la miseria de los campesinos de su país - en su mayor parte indígenas. Pero para entonces, Guatemala estaba ya parcialmente ocupada por la *United Fruit Company* - una compañía bananera con base en Boston, Massachusetts - que había llegado a ser un estado dentro de un estado. El abogado de la compañía no era otro que Allen Dulles, hermano de John Foster Dulles, secretario de Estado en la administración de Eisenhower.

Cuando Arbenz subió al poder, decidió implementar y ampliar algunas medidas iniciadas por Arévalo. Para esto, él mismo que era terrateniente, distribuyó parte de sus propiedades a los sin tierra. Para proseguir con la tarea, Arbenz decidió expropiar las tierras de la Frutera que no estuvieran cultivadas. El precio que el gobierno estaba dispuesto a reembolsar a la Compañía se basaba en los impuestos que ésta pagaba por los terrenos.

La *United Fruit* consideró el precio de la compra demasiado bajo. No había pensado en eso cuando ella misma dio a esas tierras valores mínimos para que mínimos fueran los impuestos que tuviera que pagar al estado guatemalteco. Cuando Arbenz insistió en su empeño, el gobierno norteamericano asesorado por los catolicísimos hermanos Dulles decidió participar en el derrocamiento de Arbenz - un aristócrata con conciencia social. En su lugar se impuso a Castillo Armas, un coronel graduado en los EE. UU., cuyo gobierno fue desesperadamente corrupto e inició los tiempos del terror en Guatemala donde cientos de miles de campesinos han sido asesinados por subsecuentes y similares gobiernos hasta el día presente.

Este acto pudo haber radicalizado a Che Guevara que fue testigo de un error que hasta ahora, causa rubor y desazón en los norteamericanos inteligentes y de valores éticos. Quizás en este episodio es donde se cuajó la revolución cubana. Reformistas, intelectuales, activistas sociales, ya no dudaron que los intereses económicos de los EE. UU. importaran más que sus valores democráticos.

Mientras esto ocurría en Guatemala, en el otro lado del mundo, los EE. UU., que heredó de Europa su poder e intereses en el Medio Oriente, se envolvía en una situación similar, deponiendo el gobierno establecido de Irán

y reemplazándolo con uno escogido para la defensa de los intereses occidentales.

A principios del siglo XX, el mundo europeo había logrado dominar al árabe. El llamado Gran Juego entre Rusia e Inglaterra se saldó con la posesión, en unos casos, o influencia inglesa, en otros, de lo que hoy conocemos como Irak e Irán. Cuando se descubrió petróleo en Irán, a principios del siglo pasado, Inglaterra formó la Compañía Petrolera Anglo-Iraní y por décadas se benefició generosamente de la producción petrolera del país. La dinastía Pahlavi que se había originado en 1925, fue exilada por los ingleses durante la Segunda Guerra Mundial cuando el Sha pretendió conseguir ayuda de Alemania para deshacerse de ellos. Durante todos esos años, el saqueo petrolero por parte de los ingleses consumía de odio a muchos iraníes. En el año 1951 un primer ministro iraní de corte populista, Mohammed Mossadeq, nacionalizó la compañía petrolera y se declaró dictador. El joven Sha, heredero de la dinastía Pahlavi tuvo que huir al exilio. Los ingleses, venidos a menos después de la Segunda Guerra Mundial tuvieron que pedir ayuda a los norteamericanos. Eisenhower, temiendo que Mossadeq cayera bajo la influencia de la Unión Soviética, envió en 1953 a Kermit Roosevelt de la CIA a Teherán con una valija conteniendo un millón de dólares. Roosevelt sobornó a las masas indigentes que se lanzaron a las calles pidiendo el regreso del Sha y la caída de Mossadeq. Algo similar ocurriría en el Chile de Allende en 1973.

El Sha volvió a Irán bajo la protección de los EE. UU. y aterrorizó al país por unos treinta años por medio de la policía secreta SAVAK, engañándole al pueblo con promesas de una revolución blanca – desde arriba. Eso sí, modernizó al país introduciendo valores y gustos occidentales que terminaron por herir la sensibilidad de los *mullahs* que querían mantener los valores islámicos de esa sociedad.

El Sha fue - en aquella época de la Guerra fría - uno de los mejores aliados de los EE.UU. - por ser anticomunista - y ciertamente uno de sus mejores clientes de armas. Entre los años 1971 a 1977 los EE. UU. vendió al Irán doce billones de dólares en armamento - una tercera parte de su venta de armas al exterior. El pueblo iraní, sin embargo, vivía atemorizado por la dictadura del Sha, no había visto los resultados de la revolución blanca, y cada vez le era más claro la profunda corrupción del gobierno.

El odio que el Ayatolá Khomeini alentó en el pueblo iraní contra los EE. UU. tiene origen en el ciego apoyo que éste país dio al Sha, y que en 1979 llevó a su derrocamiento y a la ocupación de la Embajada americana en Teherán por los rebeldes.

La década de los 80 fue de gran confrontación entre Irán y los EE. UU. Durante estos años Irán estuvo envuelto en la guerra iraquí-iraní por la revisión de la línea fronteriza en la desembocadura de Shatt al Arab.

Nadie diría que George W. Bush tuvo como objetivo prioritario años más tarde, hacer desaparecer del planeta a Sadam Hussein - habiéndolo identificado como el principal líder del eje del mal. En la década de los 80, Hussein fue un aliado de los EE. UU. contra el enemigo número uno de entonces: Irán. Tan seguro estaba Sadam del respaldo de los EE. UU. - incluso después de una conversación de última hora con April Glaspie, embajadora estadounidense en ese país - que no dudó en invadir Kuwait en 1991, pensando que tendría el apoyo norteamericano. Desafortunadamente para él, se topó con los intereses económicos de los EE. UU. que jamás habría consentido poner en las manos de Hussein la mina petrolera del golfo tan esencial para mantener su poderío mundial.

Cuando la Revolución Cubana triunfó el 1 de enero de 1959, y unos meses más tarde Fidel Castro visitó Nueva York, el entonces vicepresidente Richard Nixon, le preguntó a Castro cómo podía los EE. UU. ayudar al nuevo gobierno. Sabido es que cansados de la corrupción de Fulgencio Batista - su propia creación - Washington no vio de mal grado la revolución de Castro inicialmente.

Castro respondió que él no había venido a pedir dinero sino a extender la mano de amistad. Fidel ha cometido muchos errores a través de su larga vida política y como todos los que se enamoran del poder perdió desde hace tiempo su norte, pero en aquel tiempo su inteligencia le funcionaba perfectamente. Sabía que nadie da dinero a nadie sin esperar algo en recompensa. Pero, ¿cómo se podía llevar a cabo una revolución en Cuba que acabara con la corrupción y cambiara las condiciones paupérrimas de la mayor parte de cubanos si no se llevaba a cabo una revolución económica?

La revolución económica que Castro estaba diseñando golpeaba frontalmente los intereses de las compañías norteamericanas. Inicialmente, Castro pensó hacer lo que había hecho Arbenz en Guatemala: expropiar estas compañías con una indemnización fijada por el gobierno teniendo en cuenta las ganancias ya repatriadas a través de décadas a los EE. UU. El país del norte no podía aceptar esas condiciones – tenía que defender a sus ciudadanos - y la brevísima luna de miel de Castro con los EE. UU. terminó.

Consciente del tira y afloje de la Guerra Fría, Castro se arrimó al oso ruso porque con él detrás no sería tan fácil para nadie derrotarlo. Herbert Matthews el reportero de New York Times que entrevistó a Fidel en la Sierra Madre cuando todos lo creían muerto, poco tiempo antes del triunfo de la revolución, mantiene que Castro le confesó que jamás había leído a Marx y que sus fines no eran hacer una revolución comunista. ¿Mentía Castro? ¿O se radicalizó Castro cuando vio la inflexibilidad de la política norteamericana?

Durante los últimos cincuenta años el ascenso al poderío mundial de los EE. UU. ha sido imparable y su poder inigualable en la historia. Los imperios del pasado dominaban ciertas áreas geográficas del mundo. Por mucho tiempo, los EE. UU. ha extendido su poder sobre todo el planeta aunque su control no sea de territorios sino de la economía mundial. La Unión Europea a pesar de haber alcanzado un nivel económico respetable - en cualquier crisis mundial - aun a regañadientes busca el liderazgo norteamericano; y la OTAN fundada y dirigida por los EE. UU. sigue siendo hasta el presente su única defensa militar.

Sin embargo, no todo ha sido triunfos. Fatídica fue la Guerra de Vietnam - en los años 60 - iniciada para impedir que el comunismo se extendiera en el sur este asiático. Cuando los Estados Unidos se vio obligado a retirarse a principios de los 70, incapaz de acabar con la guerrilla comunista de Ho Chi Ming, había perdido más de 55.000 de sus hombres; mientras el legendario líder comunista, reunificaba el país bajo su bandera revolucionaria. Fue la primera derrota de los Estados Unidos en su navegar en aguas internacionales; un error que a muchos haría pensar que el poderío norteamericano estaba en jaque.

Habiendo desaparecido la Unión Soviética, Rusia su heredera ya no era un enemigo y aprovechó el ataque del 11 de septiembre para ponerse, so pretexto del terrorismo, más al lado de los EE.UU. de lo que se hubiera pensado. El caos económico, la corrupción, la fragmentación territorial, guerras nacionalistas en las que se ve envuelta, no le permitirán ni a largo plazo ser el formidable enemigo que fue por muchos años.

Queda la China como posible nube negra en el horizonte del poder norteamericano. Pero, sus mil millones, trescientos millones de habitantes llevan ya casi dos décadas ensayando un sistema con principios políticos comunistas y con principios económicos cada vez más plenamente capitalistas. En este sentido la China no se diferencia de los EE. UU.; los dos países han sabido acomodar su ideología y principios a las necesidades pragmáticas de su economía y de su población.

En los últimos años se ha intensificado la crítica contra la política internacional de los EE. UU. Esta tiene que ver con las contradicciones entre principio y práctica que se ven en las decisiones que rigen sus relaciones con muchos países.

Hasta principios de los años setenta China estaba a la cabeza de la lista negra de países comunistas. Aun con la Unión Soviética, los Estados Unidos había empezado un período de *detente*. La China en cambio, que acababa de pasar la Revolución Cultural en la cual millones de personas perdieron la vida – con el pretexto de mantener la pureza de los principios de la revolución comunista de Mao - era considerada como el más salvaje de los sistemas, donde la vida humana tenía menos valor que en cualquier otro país comunista. Sin embargo, en un cerrar y abrir de ojos, el presidente Nixon estableció relaciones diplomáticas con el inmenso país, pesando más en el gran mercado que estaba por abrirse con el país más poblado de la tierra que el respeto de éste por los derechos humanos. El ex-presidente Clinton al conceder a la China el estatus de nación más favorecida para el comercio norteamericano, explicó que una forma de llegar a la práctica de los derechos humanos en ese país era el ayudarles a que adquirieran un nivel económico que les permitiera reclamar sus derechos. ¿Será que se cazan más moscas con miel que con hiel?

Ronald Regan no dudó en dar ayuda a los Contras en la Guerra Sandinista en la Nicaragua de los 80 aunque eran secuaces de la dictadura de los Somoza. Tampoco dudó en reconocer a Boris Yeltsin aunque éste – con el

nombre de democracia – estableciera una dictadura tan o más corrupta que el régimen soviético que depuso.

Los recientes acontecimientos mundiales han dejado en claro que la política es la ciencia de lo posible donde impera el pragmatismo. Así se explica el que Bin Laden hubiera estado al lado de los EE. UU. mientras la Unión Soviética ocupaba Afganistán en la década de los 80; que los Talibán hubiesen sido recibidos como una alternativa viable por los EE. UU. cuando ellos formaron un gobierno estable que puso a Afganistán al otro lado del caos; que a partir del 11 de septiembre, Musharraf el otrora repudiado dictador de Pakistán se convirtiera en el mejor aliado de los EE. UU. contra el terrorismo. Son estas contradicciones entre principio e interés que han puesto a los EE. UU. en la mira de la crítica.

Los que tienen poder no quieren perderlo y harán lo posible por conservarlo. No es de extrañarse que los EE. UU. no sea diferente de otras naciones poderosas que han desfilado en la historia. No es de extrañarse tampoco que para mantenerse en la cúspide del poder, el país haya hecho acomodos y remiendos que a la larga no han beneficiado su imagen. Esto es parte de las limitaciones a las que aun los gigantes están expuestos.

Si al finalizar el siglo XX con la caída del Muro de Berlín y la disolución de la Unión Soviética, los Estados Unidos parecía haber llegado al pináculo de la hegemonía, sin que hubiese otro país en el mundo que retara seriamente su poderío, al iniciar el siglo XXI, los Estados Unidos enfrenta nuevos retos que bien pudieran poner dar inicio a un prolongado ocaso. La revolución iraní liderada por el Ayatolá Khomeini despertó el fundamentalismo islámico que ha sacudido en las últimas décadas todo el mundo árabe.

El terrorismo ha reemplazado los temores de la Guerra Fría. La guerra ya no es fría. Se dejó sentir cuando alrededor de 3.000 personas murieron en un ataque terrorista a las Torres Gemelas en Nueva York, al Pentágono y a un avión que pudo haber llegado hasta la Casa Blanca. El terrorismo es en estos tiempos una de las grandes preocupaciones de los Estados Unidos. La guerra en Afganistán fue iniciada precisamente para eliminar el nido donde se creía empollaban los terroristas al mando de Osama Bin Laden y Al Qaeda. Pero Afganistán parece ser solo una de las cabezas de la hidra. Cualquier país puede albergar al enemigo. Además el peligro no viene solamente de fuera;

viene también de dentro del país. Algunos de los terroristas que han intentado llevar a cabo otras masacres han sido ciudadanos norteamericanos. ¿Qué lleva a estos individuos nacidos y alimentados en la cuna de la democracia a revelarse contra su patria y a adoptar otras ideologías y otras banderas?

Se dice que los norteamericanos frecuentan su iglesia más que ningún otro grupo de ciudadanos en el Mundo Occidental. Los evangélicos son incluso una fuerza política digna de reconocerse. Sin embargo, los medios de comunicación muestran una sociedad permisiva, con pocos valores éticos. El crimen, la violencia, el sexo, la banalidad son pan de cada día en la forma de entretenerse de los norteamericanos medios. Esto, sin duda, hiere la sensibilidad de grupos religiosos, particularmente de fanáticos que ven en la influencia de la cultura norteamericana en sus países el origen de muchos males.

Hay otros dos principales demonios que acechan el poderío de los Estados Unidos. El primero es un oculto resentimiento al voraz capitalismo que está creando una nación a dos velocidades: la de los multimillonarios y la de los que piensan que ya no tendrán acceso al “sueño americano”. Las últimas décadas han dejado ver una amplia brecha entre los inversores que hacen fabulosas fortunas y el hombre trabajador que es el que paga los impuestos y los platos rotos de las ambiciones frustradas de banqueros e inversionistas que rompen los límites de lo posible - poniendo en peligro la misma economía del país - para enriquecerse.

Los juegos de la banca, los créditos dados sin son ni ton - siempre y cuando los deudores puedan pagar los intereses aunque la deuda del capital siga creciendo -, los salarios obscenos de los presidentes de compañías fracasadas, han mostrado el lado débil del capitalismo que ha tenido que ser rescatado con dinero del pueblo, endeudando cada vez más al país. ¿Será el capitalismo voraz el que mine las bases de la democracia americana, sembrando semillas de una injusticia social antes no conocida?

Por otro lado, un gran enemigo del poderío norteamericano es el estado de la educación pública en el país. Si algo distinguió a los Estados Unidos de otras naciones en el pasado, fue la estupenda educación que sentó las bases de la democracia durante los años tempranos de vida de la nación. Desafortunadamente, eso es historia. Hoy, los maestros son mal pagados; la familia muchas veces rota, no apoya los esfuerzos de educadores; la sociedad

misma se ha vuelto permisiva. Los modelos de vida que presentan los medios nada tienen que ver con la sociedad trabajadora y la ética de antaño. Muchos estudiantes, particularmente entre las minorías raciales no terminan la secundaria. Sin embargo, los Estados Unidos ostenta las mejores universidades del planeta. Por lo tanto, también en el plano educativo, el país va a dos velocidades. Los más sabios que son una minoría - alimentados por cerebros extranjeros que se sienten atraídos por las facilidades que todavía proporciona el país - son responsables de los grandes adelantos de la tecnología y la ciencia. Los otros, particularmente las minorías, a duras penas saben leer y escribir y están convirtiéndose en un número significativo de la población. El desempleo cunde entre ellos, mientras puestos que requieren una educación técnica y de alto nivel siguen vacíos.

Otras economías en desarrollo, como las de los países BRIC: Brasil, Rusia, India y China retan el monopolio del poder – al menos económico - de los Estados Unidos. ¿Podrá entonces este país luchar contra sus propios demonios y frenar el creciente poder de otras naciones para mantenerse en la cumbre?

Hay muchos que piensan que todavía los Estados Unidos tiene los recursos necesarios para continuar por mucho tiempo atando y desatando las cuerdas del poderío mundial. Otros, con una visión más pesimista, creen que los Estados Unidos ha empezado el ocaso de todo imperio.